

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 23 -



—Estás inmensa—le dije a Libertad cuando me abrió la puerta del piso que compartía con David.

—Ya tía, voy a reventar. El otro día fui a una revisión y la matrona me dijo que había engordado mucho y que con el mes que me queda por delante, o me relajo o me va a costar mucho bajar de peso después. La llamé de todo. Y el caso es que tiene razón—dijo acariciándose la barriga mientras me precedía hasta el salón.

—Tendrías que haberla visto—dijo David asomando la cabeza desde el baño—. Parecía la niña del exorcista. Casi me la tengo que llevar de allí arrastrando.

—Bueno, ¿y por qué has venido media hora antes de la hora a la que habíamos quedado?— preguntó suspicaz Libertad ignorando el comentario de su marido.

—Por nada—mentí—. No tenía nada que hacer en casa y he salido con tiempo.

—Ya...—dijo Libertad antes de meterse un pepinillo de kilo y medio en la boca.

—¿Por qué iba a venir, según tú?

—Porque algo tendrás que confesar y no te apetecerá decirlo a bocajarro delante de todas—Libertad siempre había tenido un sexto sentido, la *jodía*.

—Bueno, no es que no se lo quiera contar a las demás, es que Celia y tú siempre habéis sido las menos dañinas. Aunque se me había olvidado que con el embarazo has mutado de *Gizmo* a *Gremlin* de esos que comen después de medianoche.

—Sólo por la referencia friki te has ganado una cerveza—dijo Libertad levantándose del sofá con cierta dificultad y trayendo de la cocina una cerveza para mí y una sin alcohol para ella—. Venga, cuéntame qué bicho te pica.

Mastiqué despacio un pepinillo mientras pensaba la respuesta, pero no encontré una forma fácil de comenzar.

—Venga, que te doy la entrada—dijo ella—. Te has dado cuenta de que te estabas engañando a ti misma con eso de que sólo quedabas con Lucas como amiga y no sabes cómo afrontar tu relación con él y con Jairo. ¿Me dejo algo?

Sonreí agradecida.

—Yo no lo hubiera resumido mejor. Además, el otro día Jairo nos pilló cenando en un restaurante y le sentó como si le hubiera metido un pimiento del padrón por el culo. Pero de los que pican.

—¿Os pilló? ¿Estabais haciendo algo?

—No, sólo estábamos cenando y hablábamos, pero la policía no es tonta, Lib.

—¿Y te dijo algo?

—En el momento no, pero me estaba esperando en la puerta de casa y me dejó claro que sabía que entre Lucas y yo había algo más de lo que yo decía. Y el caso es que no me pude ni ofender, porque me dio un beso antes de irse y me dijo que él quería estar conmigo pero que me aclarase. Coño, si hubiera perdido los papeles un poquito ahora podría estar indignada, pero fue tan comprensivo que lo único que puedo hacer es pensar en lo que me pasa para no darle por culo a él.

—Pues ya sabes, amiga. A veces conocemos a personas increíbles en los peores momentos. Jairo puede ser maravilloso, pero mientras esté Lucas, no puede ser para ti.

—¿Pero por qué no? Quiero decir, que yo podría ser feliz con él.

—No lo dudo, es buena persona, inteligente, divertido y además está bueno. Pero a veces estas cosas son así. Piénsalo, cariño, pero tampoco te obceques y acabes haciéndote daño tú y haciéndoselo a ellos.

El sonido del telefonillo me sacó de mi ensimismamiento.

—Es Mónica—dijo David—. Me voy chicas.

Besó a su mujer en los labios, le acarició el vientre y me dio un corto abrazo antes de irse.

—Muchas gracias, Lib—le dije antes de que llegara Mon—. Sigues siendo la misma a la que siempre pediría consejo.

—Hombre, pues claro—dijo abrazándome—. Y cuando este ser salga de mi interior ya no tendré tanta mala hostia, ya lo verás.

Noté cómo Libertad aflojaba su abrazo y miraba a algo detrás de mí con la boca abierta. Alarmada me di la vuelta para encontrarme con Mónica, que se apoyaba en el marco de la puerta con los morritos hechos un nudo y un pañuelo en la cabeza a modo de turbante del que no escapaba ni un solo pelo. No es que sea la más lista del mundo, pero no hacía falta serlo para imaginar lo que ocurría.

—¿Eso qué es, la última moda?—pregunté para romper ese silencio que se me antojaba maligno.

Mónica se miró las puntas de sus botas y no contestó.

—Mon, explícanos algo antes de que nos de un infarto—le dijo Libertad.

—Si no os importa, casi prefiero contarlo cuando lleguen todos, así me ahorro el contarlos dos veces.

El timbre volvió a sonar y, mientras Libertad iba a abrir, Mónica y yo nos sentamos en el sofá. Cogí su mano cuando vi que entraba el resto entre risas. Roberto, Manu, Lara, Celia y Macarena se quedaron parados con la sonrisa congelada en el rostro cuando entraron en el salón y vieron a Mónica con el pañuelo que les miraba tranquila pero desafiante.

—Anda, sentaros que traigo cervezas para todos—dijo Libertad—. Mon, intuyo que tú sin alcohol, ¿verdad?

—Sí, gracias—contestó ella.

—¿Nos lo pensabas contar cuando te diesen el alta?—preguntó Lara.

—Calla, coño—le reprendió Roberto.

—Si yo no digo nada—siguió Lara—. Pero entre que no nos cuenta que tiene cáncer hasta que una de nosotras la pilla y tampoco nos cuenta que ha empezado la quimio hasta que no se le cae el pelo...

Mónica volvió a bajar la vista al suelo y Lara dulcificó el gesto.

—Perdona, cariño—dijo—. Soy un poco animal, perdona. Joder, es que me da rabia que te lo comas tu sola, coño, parece que no somos amigas.

Lara aceptó la cerveza que le ofrecía Libertad y le dio un largo trago.

—No pasa nada, si tienes razón—dijo Mónica—. Venía con la pistola cargada, dispuesta a cagarme en todas vosotras si me decíais lo que me acabas de decir tú, pero si es que en el fondo tienes razón. Me he empeñado en hacer las cosas tan a mi manera que os he dejado fuera cuando más os necesito.

Celia se arrodilló frente a ella y la abrazó cuando rompió a llorar.

—Bueno, pues ya estamos aquí—dijo—. ¿Nos lo quieres contar?

Mónica asintió y nos contó todo. Que había empezado la quimio hacía dos meses, que se había rapado el pelo hacía sólo unos días porque vio que se le caía a mechones y que había conocido a un hombre y su madre que le habían hecho más llevaderas las horas de hospital.

—Mira *la Moni*, que liga hasta en la quimioterapia—dijo divertida Macarena.

—¿Es eso verdad?—preguntó Manu—. ¿Te lo has ligado?

—No ha pasado nada—dijo ella—. El otro día fui a cenar a casa de su madre porque era su cumpleaños, me llevó a casa en coche y nos dimos los teléfonos. Nos escribimos bastante, es un tipo muy majo y ahora... yo qué sé, él sabe por lo que estoy pasando mejor que nadie. Fue él quien me aconsejó que hablase con vosotras. No es que yo no quisiera hacerlo, es que necesitaba que alguien me diera un empujón para dejarme de mierdas.

—Ya me cae bien el chaval—dijo Lara.

—¿Y es guapo?—preguntó Libertad.

—Creo que sí. Se le ha caído todo el pelo, hasta de cejas y pestañas, lo que le da un aspecto raro, pero tiene unos ojos muy bonitos y unos rasgos muy marcados.

Se la veía ilusionada. Dentro de la mierda que le había tocado vivir, se agarraba a la felicidad con uñas y dientes. Y aunque había tardado más de lo que me gustaría en contárnoslo, ahí estaba, apoyándose en nosotras como siempre habíamos hecho. De repente me lancé sobre ella y le di un beso.

—¿Y esto?—preguntó ella sonriendo.

—Porque te quiero—contesté.

—Que moñitas es mi niña—dijo Lara, que es más fuerte que el vinagre, o eso quería aparentar.

Mónica nos miró a todas sonriendo y dio un par de palmadas.

—Bueno, pues ya está, chicas. Contadme algo más divertido, por favor que se queda una con un regusto amargo con tanto cáncer y tanta mierda...—dijo—. A ver, Celia, que llevas desde que hemos llegado dando saltitos en la silla. ¿Qué nos tienes que contar?

—Ay no, contarlo ahora me parece raro.

—Eso sí que no, ¿eh? No me toquéis los ovarios. Yo tengo cáncer y me dan quimio, como quien tiene una infección y se toma antibiótico. Ahora tú nos cuentas lo que nos quieras contar y seguimos todos tan tranquilos. No me hagáis arrepentirme de habérselo contado.

—Que sí, que sí, perdón—dijo Celia azorada—. Es sólo que después de algo tan importante, contar mis historias queda como tonto. Yo que sé, es como si se muere tu madre y yo vengo con que me he roto una uña.

—Pues cuéntanos lo de tu puta uña. ¡Venga!—ordenó Mónica, que cuando quiere es muy sargento.

Celia nos contó cómo John había llamado a Pablo para decirle que vivía con ella y que Pablo se había presentado en su casa al día siguiente.

—¿Qué dices, pero así sin avisar ni nada?—preguntó Manu.

—Es que si pregunta no necesito ni teléfono para que oiga mis gritos en Nueva York, y él lo sabía. Se presentó ahí, con toda su cara, yo creo que pensaba que me iba a lanzar en sus brazos nada más verle.

—¿Y qué hiciste?—preguntó Roberto.

—Pues me lancé a unos brazos, pero no a los suyos. No veáis lo habilidoso que es John en todos los sentidos—contestó sonriendo Celia.

Todas aplaudimos.

—Así que te has comido el bollito americano—dijo Macarena.

—Cuando nos besamos le dije a Pablo que se fuera y, ¡oh, sorpresa!, se fue. Y ahora, John y yo estamos juntos... o no, no lo sé, porque no hemos hablado nada de lo que hay.

—Bueno, disfruta de lo que tenéis ahora y si lo consideras necesario, ya hablaréis—le dije.

—Qué bonito es el amor—dijo Roberto

—Que blandito que es mi niño—me reí.

—Y más que voy a estar—contestó cogiendo la mano de Manu.

—Espera, espera, espera, ¿qué está pasando aquí?— preguntó Libertad—. ¿No estaréis embarazados?

—¡No jodas!—contestó Manu—. Nos vamos a vivir juntos.

Ambos estaban radiantes y muy sonrientes y aunque seguía pensando que era muy pronto, me alegré por ellos. Cada uno tiene su ritmo.

—¿Y ya tenéis casa?—preguntó Lara.

—Justo hoy hemos firmado el contrato—contestó Manu.

—Está por La Latina y no es que sea un palacio, pero tiene dos habitaciones para que se pueda esconder de mí cuando no me aguante—dijo Roberto riendo.

Brindamos con nuestras cervezas y Libertad sacó unas pizzas del horno para cenar. No era la comida más sofisticada del mundo, pero el guarreo de vez en cuando sienta muy bien. Cuando terminamos de cenar y nos habíamos bebido

unas cuantas cervezas más, Macarena soltó la bomba que traía preparada de casa.

—Chicas, ya tengo todo cerrado. He conseguido un trabajo a media jornada como profesora de español en Australia y me he apuntado a un máster, me voy el mes que viene.

El silencio que vino a continuación podía cortarse con un cuchillo.

—¿Ya?—conseguí decir cuando recuperé la voz—. No pensé que fuera tan rápido.

—Ni yo, pero me puse en contacto con una agencia y las cosas han ido bastante bien... no puedo desaprovechar la oportunidad, chicas. Si no me siento bien allí, siempre puedo volver.

—No vas a conocer a mi hijo, mamona—dijo Libertad con una sonrisa triste.

—Le conoceré por *Skype* y vendré a veros, no voy a desaparecer.

Seguimos un rato más allí, pero el ambiente se había enrarecido. Entre lo de Mónica y lo de Macarena, todas estábamos más pensativas de lo habitual. Cuando terminamos de recoger todo, Lara propuso salir a tomarnos la última.

—Venga, chicas, así ahogamos las penas, no nos vamos a ir a casa así.

—Yo me quedo en casa, que tengo los tobillos como una bota, pero id vosotras, chicas. Lara tiene razón.

Cogimos el metro y paramos en Chueca para ir a *Fulanita de tal*, una sala con un ambiente muy íntimo, pero con música para bailar y olvidarte de todo durante un rato.

—Por la australiana—dijo Mónica levantando su zumo de tomate a modo de brindis.

—Por la australiana—contestamos las demás a la vez.

El ambiente seguía cargado de tristeza, pero se fue disipando conforme las copas bajaban por nuestras gargantas. Empezó a sonar la típica canción machacona que se te queda grabada en el cerebro y no puedes dejar de tararear durante meses, y Lara me arrastró al centro de la pista a bailar.

—¡Estás loca!—dije riéndome mientras ella rozaba su culo contra mi entrepierna y se tocaba el pelo en un gesto que pretendía ser sensual.

Yo intentaba seguirle el ritmo entre risas hasta que me di cuenta de que, apoyada en una columna, había una chica muy mona que miraba a Lara con ojos golosones.

—No mires ahora—le dije al oído—. Pero parece que te ha salido una admiradora.

—¿Sí? ¿Y está buena?—me contestó ella.

—Pues es bastante mona. Y tiene pelazo, como tú.

Siguió bailando y le echó un vistazo disimulado. Vi con asombro cómo redoblaba sus esfuerzos por ser la más sensual del local y cómo le hacía una caidita de pestañas.

—¿Estás coqueteando con ella?—le pregunté.

—¿Por qué no? Los chicos son todos unos hijos de puta, a lo mejor me va mejor con las chirlas.

—Pues oye, *p'alante*—dije riéndome mientras les hacía un gesto a las demás para que se acercasen.

—Mirad, chicas. Esa es la nueva conquista de Lara, ¿qué os parece?

Todas miraron con disimulo hacia la columna y sonrieron.

—¡Pues me parece de puta madre!—dijo Mónica—. Venga, vete a hablar con ella.

—¡Que dices!—dijo Manu.

—Oye, ¿por qué no?—le dijo Lara.

—No, si me da lo mismo, pero a mí me daría vergüenza. Ala, ala, vete.

Ni corta ni perezosa, Lara dio el último trago a su copa, nos dio el vaso vacío y se acercó a la chica. Se dieron dos besos y vimos cómo se reían y se iban hacia la barra para pedir más bebida.

—Bueno, ¿y nosotras qué hacemos?—pregunté.

—¿Qué hacemos? ¡Bailar! No pienso irme de aquí hasta que no vea qué pasa—dijo Roberto entre risas.

Unas cuantas nos quedamos bailando y otras fueron a pedir más bebidas y ver más de cerca el ritual de apareamiento. No llevábamos más de media hora cuando vimos el primer acercamiento. La chica en cuestión acariciaba la cara de Lara, que puso una mano en su cintura y la acercó sutilmente a ella. Un par de pestaños por aquí, unas sonrisitas por allá... y vino el primer beso. Fue raro ver a Lara besándose con otra chica, los prejuicios que nos acompañan estaban ahí, pero poco a poco se me fueron pasando.

—¡Toma ya!—Dijo Mónica alzando su zumo. Si no la hubiera visto durante toda la noche, diría que iba borracha—. Joder, que ganas tenía de estar con vosotras.

Nos quedamos una hora más divirtiéndonos y simplemente disfrutando del placer de estar juntas, pero al final ya estábamos todas cansadas y me acerqué a Lara para decirle que nos íbamos.

—Disculpadas—dije cuando llegué a su lado—. Lara, nosotras nos vamos a ir, ¿vale?

Lara me miró con los ojos brillantes y los labios hinchados. Estaba muy sonriente.

—Laura, me voy con ellas, ¿vale?—le dijo a su acompañante.

—¿Ya te vas?—contestó ella sonriente—. Pues toma.

Le dio una tarjeta que sacó de su bolso y Lara la cogió.

—La semana que viene me voy a un viaje de trabajo, pero luego llámame si te apetece, ¿vale?

Lara sacó su móvil, guardó el de la chica y le hizo una llamada perdida.

—Ese es mi número de teléfono—le dijo—. No sé si mañana me va a parecer una buena idea lo de hoy, así que prefiero dártelo yo a ti por si no me atrevo a llamarte.

Volvieron a besarse y yo me fui discretamente de allí.

—Lara se viene, chicas—les dije.

—¿Pero por qué?—dijo Roberto.

—Pregúntaselo a ella, que viene por ahí.

Todas la miramos expectantes cuando llegó a nuestro lado.

—Que ida de olla, ¿no?—nos dijo.

—¿Tú has estado a gusto?—le preguntó Celia.

—La verdad es que sí.

—Pues entonces está de puta madre—dijo Macarena.

—¿Y por qué no te quedas?—le pregunté.

—No sé, me he cagado. Mejor me lo pienso en casa y a ver si otro día me atrevo...

Salimos todas abrazadas del local y riéndonos a carcajadas. Hacía demasiado tiempo que no nos divertíamos tanto todas juntas y dentro de poco nos faltaría una y otra tendría que dividir su tiempo entre nosotras, su marido y su hijo. Las cosas cambiaban, pero nosotras seguíamos siendo familia.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>